

MEDITACIÓN XXX

Amor que debemos profesar á la Santísima Eucaristía.

Imagina que el adorable Salvador te declara desde el Tabernáculo que pretende ser tu fino Esposo, y que apreciaría sumamente no le negases su amorosa y justa petición.

Punto I.—En todos los aspectos que pretendas estudiar al adorable Sacramento del Altar encontrarás siempre que es un Misterio de amor, y que por tantos títulos como he puesto á tu consideración en la presente Obra, no hallarás otra cosa sino que su base y origen fué el amor, y que sus medios fueron el amor, y que su fin es el amor; es, en una palabra, amor; y sólo amor exige de nuestra parte. Pondera, pues, en primer lugar, que debemos tener un concepto tan grande y elevado de este bellissimo Misterio que ocupe toda nuestra imaginación, llene toda nuestra inteligencia y embriague toda nuestra voluntad, figurándonos que Él es la Obra más sublime que Dios ha dispuesto, pensando de Él que es un Compendio de todas las maravillas de la Omnipotencia, y sintiendo de Él como el Sacramento más venerando y más amable del corazón humano. Y puesto que ninguna lengua es capaz de hablar dignamente de Él, y puesto que es tan amable que ningún corazón por endulzado que esté en su amor lo apreciará jamás lo suficiente, por eso exige de nosotros, no un amor mezquino, no un amor cualquiera, sino un amor extremo, de suerte que le amemos con toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas. Penetra siquiera una vez con voluntad decidida en el Corazón Sacramentado; rastrea la suavidad de sus dulzuras, y yo te aseguro que con dificultad volverás á los placeres con que el mundo brinda á los incautos. Entonces podrías con toda verdad

repetir con el Apóstol: Todas las cosas de este mundo las tengo por estiércol por ganar á Cristo; pues, en efecto, las delicias del Salvador son mas íntimas, satisfactorias y universales que las del siglo.

Punto II.—Frutos del verdadero amor son, después de practicar cuanto es del gusto del amado, proporcionarle amantes y buscar los medios más á propósito para que de todos sea conocido y amado. Por esto pondera lo primero, que el fino amante del Sacramento entra en el templo santo con aquella reverencia y temor como que está bien persuadido de que allí mora el Dios-Hombre, el Hijo de Dios humanado, y observa silencio, compostura y gravedad. Pondera lo segundo, que el que ama á Jesús Sacramentado le repite las visitas, conversa buenos ratos con Él, lee las obras que de Él se ocupan, propaga su devoción, fomenta su culto y le busca ornamentos, luces y servicio esmerado. Reflexiona lo tercero, que no cesan aquí las obras de los amantes del Sacramento, sino que, saliendo el amor del estrecho recinto del pecho, y siendo de sí propagador y unitive, procura que los demás amen á Jesús Sacramentado, de la misma manera y aun más que á sí propio, buscando á los individuos en sus domicilios, conduciéndolos hacia Jesús para ser atraídos por Él con lazos de caridad perfecta. Pondera, finalmente, que es propiedad del amor alegrarse cuando se ama al amado y entristecerse cuando se le desprecia; por esta razón el que ama verdaderamente á Cristo Sacramentado se alegra de su culto espléndido y se deleita cuando le ve honrado y ensalzado, como también se disgusta ante la pobreza de los templos y la profanación del Sacramento. ¡Ah! en qué clase de personas de las mencionadas te hallas tú? Sirves por ventura á Jesús Sacramentado? le amas? trabajas por que los demás hagan lo propio? ó eres del número de los indiferentes ante las amenazas ó los desprecios de los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia? Examínate con detención, y, arrepintiéndote de las faltas pasadas, promete como fruto de la meditación presente practicar bien las genuflexiones y adoraciones al Santísimo Sacramento.

¡Oh Misterio de amor! Que piense y sienta altamente de ti y que me conduzca según estos buenos sentimientos. ¡Virgen inmaculada! Comunicadme parte de esa ciencia con la que Vos tantos progresos hicisteis en el camino de la santidad. Amén.

FIN DEL TRATADO VII



APÉNDICES

Á LA HISTORIA DE LA EUCARISTÍA (1)

I

Sarcófago de Écija.

Écija, la ciudad levítica andaluza por antonomasia que, junto á las pintorescas vegas del caudaloso Genil, supo levantar docenas de hermosos templos al Dios del sagrario, defendidos por soberbias torres que les dan aspecto de fortalezas temibles, mezclado el perfume religioso con la esencia de la flor en sus bellos campos cultivada, no podía por menos de ofrecer á la consideración del hombre reflexivo especialidades varias en el orden eucarístico, ya que el clero y el pueblo al unísono, en mejores días, supieron mezclar sus voces, reforzadas por los acordes del órgano y de las bandas populares, para elevarlas en himnos de agradecimiento al Dios de los altares.

En 1885, al abrirse los cimientos para la construcción de una capilla de Ntra. Sra. del Valle, junto al templo de Santa Cruz, á la profundidad de unos cuatro metros, encontröse un tosco pavimento de gran espesor, formado con ladrillos, y sobre éste el sarcófago en cuestión, que mide 2'17 de largo por 0'60 de ancho y 0'74 de altura, ms. Respecto de este monumento, diversos anticuarios y arqueólogos han emitido su acreditada opinión, y nosotros, no porque nos guste enmendar á nadie, sino por haber visto en él una memoria palpablemente eucarística es por que nos corresponde hacer tocante al mismo un estudio minucioso.

Valiéndome de las *Proezas astigitanas* que su autor, mi cariñoso amigo y compañero, tuvo la galantería de ofrecerme, así como de acom-

(1) Datos recogidos después de publicados los tomos III, IV y V de nuestra *Enciclopedia*.